

en 26 de marzo de 1861, concediendo á las ciudades mayores, á los distritos y á las provincias ó gobiernos el derecho de elegir asambleas de estamentos, y al propio tiempo estableciendo un consejo de Estado para todo el reino de Polonia y nombrando á Wielopolski ministro de Cultos y de Instruccion. Estas concesiones no produjeron ningun efecto; á principios de abril se repitieron en Varsovia los tumultos, y la emigracion polaca en el extranjero trabajó especialmente para revivificar las antiguas simpatías á favor de su patria.

Napoleon habia tenido en otro tiempo la idea de provocar una insurreccion polaca para fomentar sus planes de otra clase; pero desde la paz de Paris y desde su inmediata aproximacion á la Rusia, se habia limitado á recomendar reformas liberales tales como las concedidas entonces por el czar. Por tanto el *Monitor* en 23 de abril declaró que el emperador estaba muy lejos de alentar deseos que no podia satisfacer, y que deseaba sinceramente que el czar no se dejara influir por manifestaciones violentas para negar las reformas realizables en Polonia. A pesar de esto los polacos en Paris no renunciaron á la esperanza de un cambio en la política del emperador, sabiendo que el príncipe Napoleon (1) y el conde de Walewski trabajaban á favor suyo. Entretanto empeoró la situacion en Varsovia; el gobernador general, Gorchakoff, persona de índole conciliadora, habia muerto; su sucesor decretó el estado de sitio sobre todo el país, y Wielopolski salió del ministerio; por manera que pareció haber renunciado el czar á su política de reformas. En junio de 1862 dió sin embargo un nuevo paso en esta senda: nombró á su hermano Constantino lugarteniente y encargó al marqués de Wielopolski el gobierno de todo el país. Varios atentados contra la vida de estos dos hombres y mayores exigencias de la nobleza, que se dejó gobernar enteramente por el príncipe de Zamoyski, deshicieron tambien esta vez toda esperanza en el buen resultado; y el temor de una revolucion general indujo al czar á decretar una quinta para purgar el país de elementos de desórden. La realizacion de este decreto en la noche del 14 al 15 de enero de 1863 no produjo el resultado apetecido y la revolucion estalló de veras, empezando al propio tiempo en Francia una viva agitacion á favor de los polacos. En poco tiempo recibió el senado francés mas de 400 peticiones, entre las cuales habia una firmada por miembros de la Academia, obispos, ex-ministros y diputados. El ponente de la comision, Larabit, recomendó en 17 de marzo un órden del día motivado que expresara la confianza de que el emperador haria en favor de la Polonia lo que fuese justo y posible. En contra de esta proposicion pidieron el príncipe Napoleon, el príncipe Poniatowski, el conde de Walewski y otros que el asunto pasara al gobierno, á lo cual se opuso Billault y de consiguiente no se hizo así; pero el ministro expresó al mismo tiempo vivas simpatías por el pueblo amigo, y el emperador, en un billete que luego fué publicado, le dió las gracias por haber sabido conciliar tan perfectamente la simpatía en favor de los polacos con el respeto debido á soberanos y gobiernos extranjeros. Al discutir la contestacion al discurso de la corona se habia tratado tambien en el cuerpo legislativo la cuestion de Polonia, principalmente por Guyard-Delalain y Julio Favre; pero allí no hizo ninguna promesa el ministro Billault y se limitó á aconsejar á la Polonia que confiara en la magnanimidad del czar, de la cual podia esperar mucho mas que de intenciones de sublevacion, declarando al final que el gobierno del emperador era demasiado celoso de su dignidad y de la de la

(1) El príncipe Napoleon habia declarado el 19 de marzo en el senado: «Estad seguros de que el emperador hará algo por la Polonia. ¿Qué hará? No sé decirlo, pero repito: el emperador hará algo por la Polonia.»

Francia para repetir la frase favorable á los polacos que bajo la monarquía de julio se repetia en todas las contestaciones de los discursos del trono.

A pesar de esto, Napoleon no pudo resistir á la tentacion de aprovechar esta cuestion en pro de su popularidad. Dióle pretexto para esto el convenio de límites hecho por la Rusia y la Prusia en 8 de febrero de 1863, para facilitar á las tropas rusas la persecucion de los insurrectos que pasasen al territorio prusiano. Indudablemente se lisonjeó Napoleon de conseguir por medio de una fuerte presion que la Prusia se separara de aquel convenio, lo cual hubiera hecho valer Napoleon como un gran triunfo de su política. A fin de no exponerse á una negativa invitó á los gobiernos de Inglaterra y Austria á unirse con la Francia y pedir en una nota comun, concebida en los términos mas corteses, la anulacion del convenio. Este objeto de Napoleon fracasó completamente, porque ni Inglaterra ni Austria quisieron dar un paso que habia de arrojar al gobierno de Prusia completamente en los brazos de la Rusia y que fácilmente podría suscitar una guerra europea. Por lo demás la Rusia misma en 22 de febrero renunció á la aplicacion del convenio, y Bismarck, hablando con el embajador de Inglaterra, le calificó de letra muerta. Por tanto, Drouyn de Lhuys en 1.º de marzo tuvo que renunciar á ulteriores maniobras y solo se reservó seguir los sucesos con el interés que merecian, asegurando que los deberes de la Francia en este asunto eran los mismos que los de las otras potencias. Esta retirada diplomática estaba calculada únicamente para ocultar los pasos que habia dado Napoleon al mismo tiempo, porque habia escrito en aquellos dias una carta autógrafa al czar recomendándole que hiciera de la Polonia un reino independiente bajo el gobierno del gran duque Constantino. Como era de prever, recibió una contestacion negativa en 10 de marzo, y dió á conocer su disgusto al embajador ruso, Budberg, diciendo que sentiria mucho tener que encontrarse en un campo enemigo del czar y que suplicaba á Dios que esto no sucediese. En seguida envió á Viena un agente oficioso, Debrauz de Saldapenne, á fin de indagar allí si habia medio de contar con el Austria para una guerra en grande escala (2). Hay que suponer que recibió noticias favorables de su agente, porque se atrevió á exponer al embajador de Austria, príncipe de Metternich, un programa segun el cual el Austria se desprenderia de la Galitzia y la Croacia, obteniendo en cambio la Silesia, los Principados danubianos, la costa albanesa del Adriático y la hegemonía en Alemania, indemnizándose á la Turquía en el Cáucaso. Metternich se encargó de presentar estas proposiciones á su soberano, pero éste no quiso comprometerse á nada sin la anuencia de Inglaterra, cuyo embajador, lord Bloomfield, le desilusionó completamente respecto de toda cooperacion de su gobierno (3). A su vez se mostraron Inglaterra y Austria dispuestas á intervenir, en union con la Francia y por la via diplomática, á favor de los polacos. Los despachos que dirigieron á este fin el 10 y 12 de abril á San Petersburgo eran diferentes, tanto en su forma como en su contenido. El Austria se fundaba en las dificultades que resultaban para ella de las repetidas sublevaciones polacas, para manifestar que en vista de los últimos triunfos de sus armas podia ejercer benevolencia y vencer así el resto de la resistencia. El gobierno inglés se refirió ante todo á los tratados de 1815, segun los cuales estaba obligada la Rusia enfrente de las demás potencias del congreso de Viena, á dar á la Polonia una constitucion independiente. La Francia por fin hizo ver el efecto que las revoluciones continuamente

(2) Delord, tomo III, pág. 534.

(3) H. Martin, tomo VI, págs. 328 y siguientes; Sybel, tomo II, página 507.

te repetidas habian de ejercer de rechazo sobre el resto de Europa, poniendo en peligro la buena inteligencia entre los gabinetes. Gorchakoff contestó con mucha habilidad, retorciendo este argumento, que el levantamiento de los polacos habia sido provocado por el partido revolucionario general europeo, que tenia apoyos en varios países de Europa, y suplicando á los gabinetes que cooperasen por su parte á cegar esta fuente de descontento. Al mismo tiempo el rigor y la energía redoblados de las autoridades civiles y militares en Polonia demostraron que la solicitud de las potencias extranjeras no haria mas que aumentar los padecimientos de los infelices habitantes del país insurreccionado; mientras en Rusia se manifestaba claramente un movimiento nacional que impulsaba al czar forzosamente á la guerra, lo cual ciertamente no habria disgustado á Napoleon si hubiese estado seguro de Inglaterra y de Austria.

Se dice (1) que entonces se meditó en Paris en el desembarco de un ejército francés en Trieste para marchar desde allí en union de otro ejército austriaco á Polonia, ó tambien un desembarco de franceses en Curlandia, contando en este caso con la cooperacion de la Suecia. Lord Russell declaró en la cámara de los lores en 8 de mayo, despues de haber recibido la contestacion del gobierno ruso, que el inglés no pensaba desvenavinar su espada en favor de la Polonia y que únicamente continuaria dirigiendo reflexiones amistosas á la Rusia. Al mismo tiempo se declaró dispuesto á entenderse con las otras dos potencias sobre nuevas proposiciones que se someterian al czar; pero esto lo dijo solamente con el objeto de contener dentro de ciertos límites las exigencias de Napoleon. Este propuso que los tres gobiernos se obligaran en un acta á hacer aceptar su programa por medios diplomáticos, «ó de otra manera si fuera necesario;» exigió que las concesiones que se habian de pedir para la Polonia, señaladas en el congreso de Viena, se pidieran tambien para la Lituania, la Podolia, la Volhynia, etc., y para este arreglo solicitó la reunion de un congreso europeo. Ni la Inglaterra ni el Austria admitieron nada de esto, y pasaron dos meses antes de que las tres potencias se pusieran de acuerdo sobre una contestacion comun. En ella, en 27 de junio, recomendaron al czar la concesion de las seis reclamaciones siguientes: amnistía completa; un parlamento polaco; funcionarios polacos; libertad religiosa; el empleo exclusivo de la lengua polaca y una nueva ley de servicio militar. A estas reclamaciones añadieron Francia é Inglaterra la proposicion de que el czar promulgara un armisticio é invitara á las potencias firmantes del congreso de Viena á celebrar conferencias sobre los mencionados seis puntos.

Por mucho que hubiese temido á las potencias el canciller ruso habria rechazado rotundamente esta intervencion, y por lo mismo contestó en tono sarcástico el 13 de julio que el czar no podia promulgar el restablecimiento de la paz, pero que las potencias extranjeras podian contribuir á él, pues que las cuadrillas que estaban todavía en armas se reclutaban únicamente del extranjero, y cuando llegaban á aumentarse en algun punto eran inmediatamente derrotadas, si bien luego pasaban la frontera y volvian á presentarse en otros puntos. Añadió que este juego era continuamente renovado por los comités revolucionarios extranjeros por el efecto teatral que producía en la opinion pública europea, todo con la esperanza de que la Rusia finalmente llegaria á verse enredada en una guerra con las demás potencias, y que todo esto era dirigido desde Paris. Tocante á los seis puntos, rehusó Gorchakoff manifestar su opinion antes del restablecimiento del órden, y tampoco aceptó ninguna conferencia con las

potencias del congreso de Viena, porque no lo permitia la dignidad de la Rusia; pero dijo que estaba pronto á tratar con Austria y Prusia, que como dueños de territorios polacos tenian intereses idénticos á los rusos. Esta última proposicion estaba evidentemente calculada para separar al gabinete de Viena de los gabinetes aliados; pero el propósito fracasó porque el conde de Rechberg declaró en términos muy corteses que no podia entrar en tales conferencias separadas y que la situacion en Galitzia no podia ser comparada con la de Polonia. Esto disgustó tanto en San Petersburgo que el czar invitó en una carta autógrafa al rey de Prusia á una declaracion de guerra en comun contra el Austria y la Francia. Esta proposicion fué rechazada inmediatamente en



El obispo Dupanloup (segun el grabado en cobre de Muzelle)

Berlin por consejo de Bismarck, pero dió lugar á una correspondencia entre los dos monarcas hasta que Alejandro renunció á su plan guerrero (2).

Entretanto el gobierno austriaco se puso de acuerdo con el inglés y el francés respecto de un tercer envio de notas, que fueron entregadas en San Petersburgo el 12 de agosto y que en su frase final estaban concebidas en idénticos términos. Despues que cada gabinete hubo expuesto á su manera la justicia de las quejas polacas, la insignificancia de los auxilios que la sublevacion recibia de fuera, su extrañeza de ver rechazada por la Rusia la proposicion de un congreso y la sorpresa que le causaba la contraproposicion de la Rusia, concluan todos diciendo que dejaban á la Rusia la responsabilidad de la oposicion á sus consejos moderados y conciliadores. Gorchakoff aceptó estas notas acusando muy cortésmente recibo de ellas y cerrando de esta manera la discusion, que de haber continuado solo podia en su opinion separar mas á las diferentes potencias en lugar de aproximarlas. La derrota de las tres potencias aliadas fué completa, y como cada una queria atribuir la culpa principal á la otra, acabó de repente su unanimidad. La Inglaterra se entendió todavia con la Francia para declarar en San Petersburgo que la Rusia, por haber faltado á sus compromisos de 1815, habia perdido sus derechos sobre la Polonia. Pero no por eso el gobierno inglés se mostró dispuesto á apoyar su declaracion

(1) Sybel, tomo II, pág. 511.

SEGUNDO IMPERIO FRANCÉS

(2) Sybel, tomo II, pág. 518.

con disposiciones guerreras, como probablemente hubiera deseado Napoleón. El Austria se negó á tomar parte en otros pasos dados de comun acuerdo, porque el conde de Rechberg había recibido de San Petersburgo el aviso claro y terminante de que el czar consideraría una nota parecida á la mencionada como una declaración de guerra. Entonces el gobierno austriaco pidió al gobierno inglés que le garantizara sus territorios, y como el gobierno inglés no accedió á esta petición, el Austria se aproximó otra vez á la Rusia y algunos meses después declaró sus territorios polacos en estado de sitio, con lo cual perdió la sublevación polaca su último apoyo. A pesar de todo el gobierno inglés envió su despacho, aunque redactado en forma mas suave, á San Petersburgo; pero detuvo al portador telegráficamente en Berlín, porque el gobierno prusiano había declarado entretanto que se uniría con la Rusia para defender la integridad de Alemania. Como además había pasado á primer término en aquellos momentos la cuestión del Schleswig-Holstein, los ministros ingleses creyeron mas fácil poder salvar la Dinamarca si abandonaban la Polonia. Con este motivo volvieron á suavizar la mencionada nota, que finalmente fué entregada el 20 de octubre en una forma completamente pálida.

Napoleón comprendió con pesar que había sufrido una grave derrota y que era de la mayor importancia para su posición en Francia hacerla olvidar, á cuyo fin invitó solemnemente á las potencias á un congreso europeo, en 4 de noviembre, y así lo participó al día siguiente al pueblo francés en su discurso de apertura de las cámaras. Mas al parecer había pasado irrevocablemente el tiempo de los triunfos del emperador; el congreso no se reunió, y cuanto mas pomposamente se había anunciado tanto mas sensible fué esta otra derrota para la política interior.

CAPITULO X

OSCILACIONES DE LA POLITICA INTERIOR

El imperio, á pesar de la desconfianza con que se le miraba en el exterior y de la situación insegura que tenía en el interior, había conservado su situación dominante en los asuntos extranjeros. Esto, sin embargo, no había impedido que se efectuara desde el año 1860 en su política interior un cambio apenas perceptible, que por leve que fuese no dejó de ser en el fondo un desvío del camino seguido hasta entonces, que era el de los principios imperialistas, y una ligera aproximación á la doctrina parlamentaria tan rudamente condenada. El emperador había dado los primeros pasos tímidos para preparar el coronamiento de su edificio por la libertad, como había prometido en su tiempo, y la liberalización paulatina del imperialismo. Es probable que á Napoleón jamás se le hubiera ocultado que semejante cambio se haría con el tiempo inevitable, pero al parecer no había tratado nunca de proponerse un programa fijo de su propósito ni de las sucesivas etapas que quería recorrer. Vivía, por decirlo así, al día; hacia concesiones cuando las circunstancias le empujaban á ello, y volvía á retroceder cuando las consecuencias de sus reformas no le gustaban ó le atemorizaban. Tarea ociosa es, por supuesto, calcular ahora si hubiera sido posible á Napoleón, siguiendo un propósito fijo, abandonar la base del imperialismo, gradualmente por supuesto, y transformar el imperio en gobierno parlamentario; pero de todos modos, habría sido para esto la primera condición su resolución de renunciar á las «ideas napoleónicas.» Faltando esta resolución su marcha tuvo que ser vacilante é insegura, perdiendo su anterior terreno sólido, sin encontrar en cambio un nuevo terreno que le hubiera podido servir de base

firme. Lo que dió á estas oscilaciones un carácter mas lamentable y hasta funesto fué el haber sido producidas principalmente por motivos de política extranjera. Por lo demás la política extranjera fué la que impulsó al emperador á las primeras desviaciones de su política imperial; pues el haberse enajenado el apoyo del partido clerical, que se veía postergado por la política del emperador, le movió á decretar las primeras reformas en el interior.

Se había observado ya antes cierta inclinación á la oposición en algun diputado, además de los cinco que entraron en la cámara segun dijimos en su lugar, y esta oposición se manifestó, como lo había hecho ya en la legislatura de 1852, casi cada año, en la discusión del presupuesto, producida por el descontento que suscitaba entre los diputados la insignificante influencia del cuerpo legislativo. Se lamentaban de que apenas tenía esta corporación otra incumbencia mas que registrar el presupuesto tal como lo había aprobado el consejo de Estado; de que ni siquiera se admitían las enmiendas mas modestas, y de que la aprobación de los gastos por ministerios, conforme mandaba la constitución, hacía imposible toda vigilancia sobre la totalidad. Esta «pequeña oposición,» como la llamaban por burla los cinco diputados de la oposición verdadera (1), carecía de todo carácter importante; tampoco tenía importancia ninguna la minoría, mas numerosa, que solía formarse por motivos especiales con ocasión de proposiciones secundarias; y si en tal caso se consideraba esta oposición como un suceso notable, era únicamente á causa de la obediencia absoluta que observaba la mayor parte de los diputados enfrente de las proposiciones del gobierno.

Al estallar la guerra de Italia se manifestó casi imperceptiblemente una oposición mas grave, y fué la que hizo el partido adicto al imperio á favor del Papa, cuyo porvenir inspiraba serios cuidados á sus partidarios. Ya en los debates sobre el empréstito de guerra de 1859 manifestó el vizconde Anatolio Lemerrier estos sentimientos, pidiendo explicaciones sobre la conducta que el gobierno pensaba seguir para asegurar la independencia de la Santa Sede; y si bien semejante pregunta no estaba en las atribuciones del cuerpo legislativo, segun la constitución, Baroche juzgó prudente contestar á ella dando explicaciones tranquilizadoras que al parecer calmaron á los ultramontanos. A medida que se desarrollaron los sucesos en Italia, creció el descontento entre los partidarios del Papa, y ya á fines del año 1859 se manifestó una tirantez entre los ultramontanos y el emperador que apenas fué posible velar y mucho menos disminuir. Por mas que se esforzó Napoleón por no excitar á la curia y garantizarle la posesión de Roma, no fué bastante para que le perdonara la guerra de Italia; y cuando con la anexión de la Saboya y Niza autorizó la incorporación de la Romagna al nuevo reino de Italia, el partido adicto al Papa no le guardó ya atenciones. El nuncio del Papa en París, Sacconi, desahogó su indignación abiertamente en todos los salones, diciendo entre otras cosas que de él dependía únicamente encender la guerra civil en Francia y destruir el trono del emperador (2). Los informes del nuncio, segun decía lamentándose el duque de Gramont, eran aceite echado al fuego y excitaban al Papa, no solo con reflexiones políticas que hacia el nuncio, sino con la comunicación de anécdotas calumniosas y con expresiones que atribuía al emperador y que recogía de la oposición mas encarnizada (3).

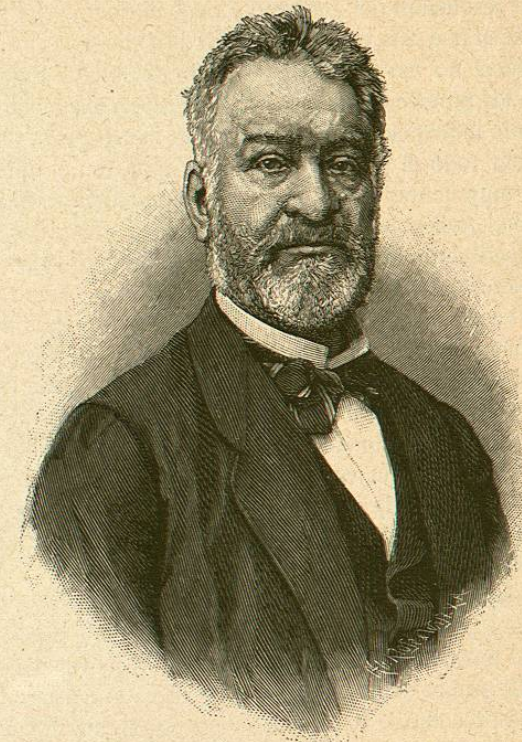
(1) Darimon: *Histoire d'un parti: les Cinq sous l'Empire*, Paris, 1885, pág. 265.

(2) Carta de Merimee á Panizzi del 25 de marzo de 1860 (tomo I, página 78).

(3) Thouvenel, tomo I, pág. 40.

Poco ganó el emperador cuando consiguió que después de una licencia bastante larga fuese sustituido Sacconi por Chigi, de opiniones mas templadas, porque quien estaba mas indignado de la política imperial era el mismo Papa; y aunque el cardenal Antonelli recomendaba en general la moderación, el ministro de la Guerra, Merode, y toda la camarilla trabajaban en sentido contrario. La correspondencia que de cuando en cuando tuvo el emperador con el Papa, aplacó un poco el espíritu de la curia, pero no le modificó en el fondo; así fué que Pio IX por Navidad de 1860 escribió una carta al emperador, en la cual se negó á confirmar algunos obispos y pidió que Napoleón designara un sucesor á Morlot, arzobispo de París, al cual instaban los ultramontanos á dimitir. La contestación que dió el emperador en 8 de enero de 1861 á esta exigencia (1), fué muy franca y clara. En ella se lamentaba de que circunstancias fatales hubiesen suscitado desconfianza y casi enemistad entre el Estado y la Iglesia, que Dios había creado para vivir en concordia. Decía que desde hacia diez y ocho meses las menores divergencias de opinión eran continuamente motivos de disputa; que había hecho todo cuanto había dependido de él para mantener en lo posible la autoridad del Papa, sin perjudicar los intereses de Francia, y á pesar de esto se le acusaba de no haber hecho bastante; que los hombres mas exaltados del clero francés estaban excitados contra él; que querían obligar á Morlot á dimitir su cargo de capellan mayor de palacio, y trabajaban para crear en Francia con obispos y eclesiásticos un gobierno papal que burlándose de las leyes del país, enganchaba reclutas y recogía dinero para el Papa; en fin, que Roma se había hecho un foco de conspiraciones contra su gobierno. La impresión que hizo esta carta sobre el Papa, fué mas favorable que adversa á Napoleón. Pio IX dijo que esta vez el emperador había manifestado tan claramente su disgusto, que merecía crédito las seguridades de sumisión que daba en la misma carta. Por esta razón la contestación del Papa del 14 de febrero fué mucho mas benigna y conciliadora que la del día de Navidad (2); mas en el fondo mantuvo todas sus quejas y el partido clerical francés continuó tambien en su actitud hostil. Un folleto de La-Guerroniere publicado á mediados de febrero con el título de *Francia, Roma é Italia*, enardeció todavía mas los ánimos, y habiéndose supuesto, aunque muy erróneamente, que el emperador le había inspirado, los obispos empezaron á condenarlo en pastorales. Dupanloup, obispo de Orleans, supo conservar las formas sin menoscabo de la energía; pero Pie, obispo de Poitiers, no tuvo la menor consideración al emperador y le calificó sin ambages de Poncio Pilato, el deícida, «que pudo salvar á Cristo y sin el cual no se le hubiera podido conducir al Calvario.» A esto ya no podía callar el gobierno; se limitó respecto de Dupanloup á prohibir al prefecto y demás funcionarios elevados todo trato con el obispo; pero respecto de Pie decidió censurarlo oficialmente, y el ministro de Justicia ordenó á los fiscales proceder judicialmente contra aquellos eclesiásticos que en sus ataques al gobierno faltasen á la ley. Tambien se tomaron disposiciones severas desde principios del año 1860 contra las sociedades católicas que se hacían instrumentos de hostilidad; y tan pronto como algun periódico se excedió de los límites de prudencia, que en general supieron guardar, conforme sucedió á la *Gazette de Lyon* y al *Univers* de Veuillot, no titubeó el gobierno en atemorizarlos con sus advertencias ó en suprimirlos para hacerlos inofensivos. Hasta la reproducción de una carta dirigida por tres diputados

clericales al emperador, fué castigada con la prohibición del periódico, *La Bretagne*, que la había publicado. Pero suprimiendo los síntomas, no se suprimía el mal, que consistía en la hostilidad de los ultramontanos al imperio, hostilidad que iba ganando terreno entre los miembros clericales del cuerpo legislativo, aunque elegidos en calidad de candidatos oficiales. Los diputados Keller, Plichon, Anatolio Lemerrier y otros no tardaron en ser adversarios del gobierno imperial, tan molestos como los cinco diputados republicanos, y detrás de ellos se hallaba un número mucho mayor de indecisos, que si bien no llegaban á lanzarse francamente á la oposición para no imposibilitarse en las próximas elecciones, se dejaban arrastrar en ciertos casos por sus simpa-



Veuillot (segun fotografia)

tías religiosas. Así en la sesión del 22 de marzo, en el debate sobre la cuestión italiana, pidieron la supresión de un pasaje de la contestación al discurso de la corona en el cual se censuraba la resistencia del Papa á los sabios consejos del emperador. La enmienda presentada á este efecto fué rechazada solo por la protesta enérgica de Baroche, pero á pesar de esto tuvo á su favor 90 votos contra 161; de suerte que con razón se pudo decir desde entonces que además de la oposición de los cinco, había otra oposición de los noventa, es decir, que en adelante había una oposición política y otra religiosa.

Además de estas dificultades había otras. El emperador, guiado por sus principios económicos y por el deseo de volver á estrechar su alianza con Inglaterra, estaba decidido desde el principio del año 1860 á entrar en la vía del libre comercio, con lo cual se enajenó el apoyo de los partidarios del sistema proteccionista ó prohibitivo. Sería un error atribuir esta nueva política mercantil de Napoleón únicamente al deseo de hacer una concesión á Inglaterra, porque Napoleón había profesado siempre principios de libre comercio; y ya en 1851 había indicado siendo todavía presidente que deseaba la supresión de las prohibiciones de importación. Si entonces renunció por lo pronto á este objeto porque no vió suficientemente preparados los ánimos, decretó á lo menos la entrada libre de los materiales necesarios para las cons-

(1) Thouvenel, tomo I, pág. 373.

(2) Thouvenel, tomo I, págs. 446-456.